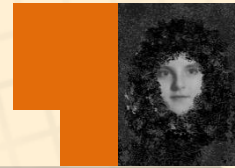




Telas de araña con bastón, canario y abanico



Casi todas las páginas que cualquiera se encuentra cuando se pone a husmear por internet tienen un INICIO y a continuación eso que se suele llamar MAPA DEL SITIO y, dentro de ese mapa, es frecuente que figure un QUIÉNES SOMOS complementado con DÓNDE ESTAMOS y CÓMO LLEGAR.

Quizás por eso no me pareció que hubiese nada atípico en la web de Valentina Luján cuando al echarle la vista encima por primera vez encontré esto.

Lo que se ve ahí es algo muy parecido a una página web, pero no lo es; no es por tanto de extrañar que al ir con el puntero a Inicio o a Mapa del sitio o a cualquier otro apartado no se obtenga resultado alguno. Pero eso no me llamó la atención porque es algo con lo que ya contaba.

Se me antojó sí desconcertante, sin embargo, la circunstancia de que al pulsar por segunda vez el panorama no fuese ya del todo idéntico.

Desde luego lo desconcertante no es obviamente eso. Se comprende que alguien tuvo la ocurrencia de tal vez por jugar hacer dos enlaces muy similares y colocarlos ahí.

Lo desconcertante es que si se pulsa por tercera vez el enlace ya no aparece en Inicio sino en Mapa del sitio; lo que no es desconcertante en sí mismo sino por el hecho, tan insignificante pero tan infrecuente, de que en vez de encontrar ahí el habitual Dónde estamos lo que encontramos es **Adónde vamos**.

Adónde vamos no tendría por qué entrañar ningún significado enigmático si la página estuviese siendo de una agencia de viajes, puesto que las hay especializadas en lugares muy concretos; pero si realmente fuera de una agencia de viajes parece lógico que lo primero que figurase en ella fuera el nombre de la empresa. No había aparecido, sin embargo, nombre de empresa alguna ni publicidad de ninguna clase cuando al colocar el puntero sobre la palabra Inicio y ver que se convertía en la manecita característica que indica que ahí hay un enlace lo pulsé y, en este nuevo intento, la manecita ya no se ponía donde anteriormente se había puesto sino sobre Quiénes somos que, bueno, podía ser un error u otro juego; pero lo que ya no parecía error y, si era broma se estaba volviendo muy pesada, fue lo siguiente.

¿No da toda la impresión de que hay alguien ahí, al otro lado, que copia allí inmediatamente todo lo que se va escribiendo aquí?

Me produjo una sensación muy desagradable porque sentí como que alguien me vigilase, estuviera al acecho de los movimientos de quién hacía cualquier añadido o modificación aquí para copiarlos inmediatamente allí.

Permanecí inmóvil un momento, con el dedo sobre el lado izquierdo del ratón, a punto de bajo quién sabe qué impulso morboso de esos que a veces parecen querer arrastrar a las personas hacia donde no desean ir, volver a pulsar; pero lo reprimí.

¿Para qué volver a constatar que había en verdad alguien ahí?

Lo mejor iba a ser dejarlo estar, cerrar la página y apagar el ordenador y marcharme a mis asuntos y a mis cosas y olvidar. Y ya iba a hacerlo cuando al ir con la flechita del ratón hacia el aspa (arriba del todo a la derecha) para hacer allí clic y **hala, adiós** me di cuenta de que la barrita blanca vertical, esa que se arrastra hacia abajo o hacia arriba a voluntad para moverse por las páginas, estaba muy arriba¹ y, esta vez sin ninguna aprensión y con la mayor naturalidad, puse la flecha encima y la deslicé hacia debajo de un tirón.

¹ De hecho, cualquiera que ahora mismo la mire la verá, que está pequeña y bastante arriba.



De los papeles de un baulito chino y algo más

Inicio

Mapa del sitio

Quiénes somos

Adónde vamos

Cómo llegar

Índice alfabético

Album de fotos

Mis anotaciones

Mundo con dos peces, dos gatos, un perro y dos ríñes...

pero si no tiene más de buscarlo puede encontrar directamente en Quiénes somos o en Adónde vamos, o en Cómo llegar o en cualquier otro enlace disponible, o leer esta cascada -si, después de verdad, que son sólo dos páginas- "haciendo clic" o incluso puede, si le que le apetece no es leer, mirar este foto o, si tampoco eso le viene bien, correr un lapso-velo y marcharse sin más contemplaciones porque aquí, siempre delustrado, no hay nada más que exactamente lo que ve.

* ¿No es esta misma?
(1)

La Loli sorprendió a tía viuda de las Vinuesa ^{perdón,} era al revés pero las del Nuestra Señora Santa María nunca hacemos tachones cuando estaba sentada frente al tocador poniéndose la gargantilla con el camafeo ribeteado de brillantitos.

A los noventa y cuatro años estaba muy bien – aunque no era viuda y además había sido hija única, pero si la llamábamos de cualquier otro modo siempre había alguien que se hacía un lío y “¿y esa quién es que no caigo?”; se advirtió, por tanto, a las de Churruca de que siempre que la nombrásemos así debían entender que era su tía, la hermana mayor de su (difunto²) padre –, con la cabeza muy en su sitio y la costumbre desde hacía por lo menos treinta y cuatro de ir todos los miércoles por la tarde tanto en invierno como en primavera o en otoño (porque los veranos los pasaba en Saint-Tropez aun a pesar de haberle rogado que se quedase en Cercedilla, mucho más fácil y tan cerca; pero se negó como tenía un temperamento tan especial) a jugar a la canasta con sus

² Pero de esto nos ocuparemos en otro momento, ya que merece ser tratado en profundidad y con el debido respeto y no con precipitación ni a la ligera.

amigas.

Aquel día, ya porque no fuese miércoles ya porque faltasen unos minutos para las cinco y cuarto que es la hora a la que la una se levantaba invariablemente del sillón después de dar una cabezada³ o pasasen de las seis y diez y la otra hubiese ya salido con la criada que la acompañaba a todos sitios, no era de prever que tuvieran que coincidir justo ahí y en ese instante.

Pero ahí estaban; se fijó la una en que con los pendientes largos de pedrería tan vistosa y los labios pintados a juego — porque la Loli para algunas cosas prestaba mucha atención a los detalles — con las uñas de los pies calzados con sandalias, de un fucsia casi morado, azul celeste y, la otra, echando ojeadas furtivas a algún lugar cerca de la ventana.

Asomando una un poquito la cabeza por detrás de la cortina que separaba el vestidor del pequeño gabinete donde se guardaban, en un cajón del secreter, algunas

³ Eso que siempre se ha llamado “la siesta de la llave” consistente en dormirse con una llave en la mano y, cuando la llave se cae y suena contra las baldosas, es que se ha dormido suficiente; la casa de la tía viuda de las (etc...) estaba totalmente alfombrada, de manera que en vez de llave ninguna se utilizaba allí un despertador corriente.

cosas de capricho y otras chucherías que – no había manera de “quitarte esa costumbre tan tonta, cuando qué ni quién te lo impide; que como si quieres hartarte” – una u otra se comía a escondidas y, la otra, en el espejo a su espalda.

– ¿Qué haces ahí? – le preguntó.

– Nada – contestó.

– Te habrás pensado que soy tonta.

– No sé por qué dices eso.

– “No sé, no sé” – dándose un toquecito de “rouge” en las mejillas y, tras un profundo suspiro, como si estuviese enormemente cansada —: ¡Si una hablase!

– ¿Y qué necesidad hay de hablar, si tú y yo nos entendemos con un cruce de miradas?

– Eso, mira, es verdad.

Expurgó con el índice por entre las menudencias del joyero, con la uña con su medialuna impecable en rosa pálido un poco perlado apartando esto o aquello como

cuando se quitaban las piedrecillas antes limpiando las lentes, para una vez decidida por unos aretes de zafiros pequeños pero que se les veía cosa de valor musitar en tono casi inaudible “¡qué tiempos!” y, poniéndose el de la oreja derecha:

– ¿Vas a llevarme?

– ¿Hoy, precisamente?

– Bueno... — contempló pensativa el arete como si no lo hubiera visto nunca jugueteando con la pedrería barata del suyo; siempre la había irritado un poquito aquella forma peculiar de estar, de decir, despaciosa y negligente como si nada le pesara nunca para, al fin, añadir —: Como Rosa se marchó anoche a su pueblo por lo de la comunión de la nieta, pensé que...

– ¿Así que era eso?

– ¿Y qué otra cosa podía ser?

– Yo que sé — valoró con un ojo el efecto de la ajorca puesto el otro, con un punto de desconfianza, en el cajón de arriba del secreter junto a la ventana; luego suspiró y

sacudiendo la cabeza —: Cosas mías; no tiene importancia.

– Es muy amable por tu parte, el haberlo pensado. Así que de todos modos muchas gracias.

– ¿Hay que ponerse mordaz?

– ¡Por qué serás tan mal pensada!

En vez de contestarle se pegó, como quien dice “pelillos a la mar”, un tironcito de la falda, demasiado estrecha y demasiado corta; taconeó hasta el cajón del secreter y agarró con resolución la cajita de las frutas glaseadas. Acto seguido se giró y explicó “no te lo tomes a mal; sé que es difícil entenderlo pero lo hago por ti”.

– ¿Por mí?

– Bueno... — se mordisqueó el labio y jugueteó no supo si por ganar tiempo con uno de los bucles aun sedosos (porque la Verdaguer para el cálculo mental era un prodigio, pero torpona y lenta para “estas cosas”) de la vieja — tal vez por mí, pero... ¿qué puede importar eso no habiendo prisa?

– No, si eso sí. Y no es que quiera yo ni mucho

menos decir que... Además, mira tú por dónde, bien que podrías aprovechar la tarde en darle una pasadita al jardincillo pequeño; el de atrás, de la sacristía..., ya sabes...

– Al jardincillo de atrás de la sacristía no ha ido nadie desde hace lo menos cuatrocientos años.

– ¿Y qué, que los que están no tienen derechos?

– Humanos desde luego no.

– Claro que humanos no; pero... Y sé que son bobadas mías, pero don Sisenio me dijo el otro día que a la pobrecita Nuncia ya casi no se le ven los deudos.

– ¿Ninguno?

– Montano dice que bastante bien; y hasta Tirrena como que más o menos. Pero ya más abajo, cerca del borde, con unos hierbajos de más de medio metro...

(Continuará)



[Top](#)

¿De dónde había salido todo esto?

